

# ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL COMERCIO INFORMAL EN LA CIUDAD DE MÉXICO

**Rebeca Pérez Calderón**

*Profesora Investigadora del Departamento de Administración de la UAM-A.*

## Introducción

El comercio informal es, hoy en día, uno de los problemas más preocupantes de la ciudad de México y en general de los centros urbanos del país. Enmarcado en un contexto socioeconómico dominado por la caída sistemática de los salarios reales, la constante migración rural-urbana, la pobreza y la estrechez del mercado de trabajo, el comercio informal se comporta como una de las posibilidades inmediatas de subsistencia económica para un importante sector de la población, en especial, el que habita en las concentraciones urbanas.

Particularmente en la ciudad de México, el llamado comercio informal, identificado mayormente como comercio ambulante o ambulante, no es un fenómeno reciente; de hecho, su antecedente cultural lo encontramos en los tianguis de la época precolombina, durante la Colonia y en los dos siglos de vida independiente de la nación. Como decían los cronistas de antaño, los orígenes del comercio ambulante, la actividad más visible de la economía informal, se pierden en la noche de los tiempos. Desde la más remota antigüedad era costumbre que los habitantes de poblaciones cercanas a las grandes ciudades

acudieran a éstas a intercambiar sus productos, primero en trueque y luego con diferentes tipos de moneda (Pomar, 1996). Sin embargo, el significativo crecimiento del comercio informal registrado en las últimas décadas, lo convierten en un fenómeno de actualidad, puesto que es un tema recurrente en los distintos análisis relativos a la estructura ocupacional urbana.

Para Fernando Cortés (1990), la incidencia notoria de este fenómeno coincide, especialmente, con la implantación en nuestro país, en los años ochenta, de una serie de políticas de estricto ajuste económico, las cuales se han traducido en un proceso de desindustrialización, despidos masivos de trabajadores, recortes al gasto social, desvalorización salarial, crecimiento de la pobreza, contracción del mercado, precarización laboral, etcétera.

A la par de un proceso de flexibilización productiva—que tiende a reducir costos de inversión, a optimizar recursos y a abreviar, en lo posible, la mano de obra, con el fin de garantizar la ganancia y la expansión del capital— se está generando, de manera creciente, un proceso de informalización económica que, como mecanismo de subsistencia y de ocupación, involucra a un importante sector de la población.

Al comercio informal hay que concebirlo como una modalidad de un fenómeno mucho más amplio y complejo: la economía informal, la cual se distingue de su contraparte formal no porque opere como una entidad independiente de ésta, sino por su característica fundamental, que es el hecho de realizarse dentro de un ambiente oficialmente no regulado.

De esta manera, en el ámbito urbano pueden diferenciarse dos sectores económicos: el primero resulta de una serie de actividades que involucran a una fuerza de trabajo determinada y la integran a la estructura económica. Esta estructura está compuesta por diversas formas de organización productiva, incluidas las áreas de comercio y los servicios, y se encuentra bajo las condiciones impuestas por la dinámica del sistema capitalista. Denominamos este sector como formal, en el sentido de que se rige por una serie de normas oficialmente instituidas, cuyo fin es regular jurídica y administrativamente las relaciones sociales de producción capitalista.

El segundo sector, el informal, comporta las características ya mencionadas, con excepción, claro está, de su regulación; es decir, de operar al margen de las normas establecidas *ex profeso* por el Estado. Adicionalmente, este sector reviste una serie de particularidades que lo distancian del sector formal y que constituyen, en esencia, su forma de operar: uso de tecnología rudimentaria sin acceso a los circuitos financieros, escaso nivel de organización productiva, ocupación de fuerza de trabajo con instrucción deficiente y sin ninguna protección legal del orden laboral; propiedad familiar de las empresas, uso intensivo de la fuerza de trabajo, poco capital y baja remuneración, sin participación en el Producto Interno Bruto (PIB), entre otras.

Hay que advertir, además, que dentro de la economía informal existe una diversificación muy marcada, que hace que las actividades inscritas en ella comporten una composición y una racionalidad económica de tipo heterogéneo; esto es, que de acuerdo con los recursos manejados, persigan fines económicos diametralmente distintos.

En consecuencia, ubicamos dos formas de expresión del sector informal urbano: 1) las actividades atípicas de operación capitalista, nombradas así no porque operen bajo un criterio de mercado distinto, sino porque se constituyen primordialmente en función de la subsistencia económica y no de la acumulación; y 2) las actividades típicamente capitalis-

tas, cuyo nivel de organización les permite operar bajo la lógica de la acumulación.

Pero, ¿qué es el sector informal? El término representa una escisión del mercado de trabajo social en respuesta a la carencia de actividades económicas, y refiere al conjunto de la población que no ha obtenido empleo en el sector moderno de la economía urbana y que, por lo tanto, busca por sí mismo alguna forma de allegarse un ingreso.

Para Francois Roubaud (1995), el sector informal es entonces, el conjunto de actividades que realizan los individuos con el objetivo de asegurar la supervivencia del grupo, la familia en la mayoría de los casos, y que conforma un sector que se desarrolla al margen de la idea de acumulación, que supuestamente caracteriza al capitalismo moderno. De esta posición se deriva un número de consecuencias: jornadas intensivas de trabajo, escasos ingresos distribuidos y productividad limitada. El surgimiento del sector se relaciona con la heterogeneidad del mercado de trabajo, que ha sido resultado de un excedente estructural de mano de obra y de la insuficiente capacidad de absorción del sector moderno en las economías periféricas.

Así pues, la economía informal es un proceso y no un objeto. No es resultado de las características intrínsecas de las actividades de que se trata, sino de la función social y del alcance de la intervención pública. Definimos la economía informal como el conjunto de actividades económicas legales (no delictivas), que se escapan a las regulaciones gubernamentales.

El análisis de la economía informal lleva hacia otras acepciones que la catalogan como una economía subterránea, mercado negro o mercado ilegal, que se encuentra en todas las medianas y grandes ciudades del mundo y que comprende, en esencia, todas aquellas actividades económicas que no son registradas en las estadísticas y que no causan impuestos. Tales actividades incluyen lo mismo el contrabando que los servicios sin contratos, el comercio de tercer o cuarto intermediario, los juegos ilícitos, las apuestas y la prostitución, los préstamos usureros y el trueque, los trabajos domésticos y el tráfico de drogas. La economía subterránea no pasa por los senderos de la ortodoxia, ni fiscal ni comercial; genera ganancias clandestinas y lucro sin labor. Entonces, una acepción más sencilla de la economía informal podría ser aquella que la caracteriza por un trabajo no productivo y un ingreso medianamente remunerador.

La modalidad más extendida de esta forma de subsistencia y de ganancia para sus organizadores es el comercio informal. En México adquiere proporciones realmente alarmantes, por la invasión de espacios públicos y el aprovechamiento político del fenómeno en detrimento de la actividad económica. En todos los estados del país hay comercio paralelo, pero sólo en el Distrito Federal, donde todos los problemas se agigantan como la propia urbe desbordante, puede observarse la dimensión inconmensurable del fenómeno.

El comercio ambulante o ambulante preocupa por sus muchas aristas, no siempre limpias ni recomendables: extorsión, manipuleo político, deterioro urbano, invasión de áreas públicas, insalubridad, evasión fiscal y corrupción. En la actualidad, y después de haberse visto opacado por la proliferación de las grandes cadenas de supermercados, ha vuelto por sus fueros, transfigurado por la obra de la crisis económica en puestos ambulantes, que pululan incesantemente por casi todos los rincones de las grandes urbes, y que ha generado una gama muy variada de efectos sociales: desde los dilemas que representan para las autoridades fiscales hasta los enfrentamientos con los granaderos en cada desalojo. El ambulante se ha convertido en un refugio para los desempleados, imán para los consumidores de bajos ingresos, jaqueca permanente para el comercio organizado, fuente de prebendas para líderes y autoridades, fuerza de apoyo para los partidos políticos y material inflamable para los conflictos y la violencia.<sup>1</sup>

### **El comercio informal en la ciudad de México**

Se trata de la expresión más convencional de la economía informal: el ambulante. Su notoriedad radica en que su centro de operación es la vía pública, área que sirve para el libre tránsito de personas y vehículos, y es lugar para la recreación y el esparcimiento. De tal suerte que esta circunstancia, si bien le garantiza al vendedor la cercanía directa con su potencial consumidor, también lo enfrenta con diversos problemas por afectar intereses de terceros, al invadir áreas de dominio común como son las calles, aceras peatonales, camellones, accesos al Metro, paraderos de autobuses, etcétera.

En esto, la responsabilidad del gobierno es múltiple. A partir de la década de 1960, la construcción

de mercados populares en las colonias que se creaban, dejó de realizarse pensando que tal actividad era innecesaria en virtud de las nuevas tiendas de autoservicio. Por la misma razón, nadie se preocupó por ampliar los mercados existentes, para responder más adecuadamente al crecimiento de la población en los barrios y colonias donde funcionaban. La falta de previsión implícita en esta política se hizo patente alrededor de 1980, cuando el gobierno del Distrito Federal se vio obligado a crear y permitir los «mercados sobre ruedas», con objeto de facilitar la adquisición de alimentos a bajo precio, en las colonias populares y de clase media. La medida permitió al mismo tiempo la generación de varios miles de empleos, que ya entonces resultaban necesarios.

Posteriormente, las crisis económicas de 1982 y 1995-96, y la aplicación de las políticas neoliberales de los presidentes De la Madrid, Salinas y Zedillo llevaron a altas tasas de desempleo, lanzando a miles de trabajadores a buscar en la actividad informal el sustento que ya no podían encontrar en las actividades de la economía formal. La alternativa resultaba particularmente atractiva para quienes, por su edad, consideraban imposible una nueva contratación en el futuro o estaban decididos a emplearse por cuenta propia.

La situación no se ha echado en saco roto. Desde hace ya diez años, la ciudad de México padece el agobiante problema de los tianguis y puestos, debido a que sus plazas de mercado —proyectadas y realizadas por los españoles— ya son completamente insuficientes para las necesidades y el abastecimiento de una población que ha crecido desmedidamente. La ciudad ha sufrido las consecuencias: las calles son utilizadas para localizar puestos protegidos con toldos precarios; cuadras enteras son prácticamente intransitables por la aglomeración, desorganización y suciedad que producen, y a menudo se convierten en tugurios que propician toda clase de situaciones ilegales, de crimen, prostitución y robo.

Es dentro de este ambiente como el vendedor o comerciante informal, ante la falta de oportunidades económicas, hace de la vía pública su espacio propio de sobrevivencia, sin importarle las inconveniencias o posibles riesgos inherentes a su trabajo, que pueden ir desde las inclemencias del tiempo hasta el riesgo de sufrir decomisos y desalojos por parte de las autoridades correspondientes.

En su acepción original, el comercio ambulante respondía a la idea de un vendedor que recorría o

deambulaba por las principales calles, a fin de ofrecer más directamente una variedad de mercancías al consumidor. Pese a que esta modalidad aún persiste, hoy encontramos que el aspecto más notorio del ambulante lo constituyen aquellos que no deambulan por las calles, sino que se encuentran empleados fijamente en la vía pública.

En este sentido, se pueden distinguir tres grupos fundamentales de vendedores:

- 1) Los comerciantes móviles; tal y como su nombre lo sugiere, son personas que se trasladan de un lugar a otro ofreciendo una diversa gama de mercancías de fácil elaboración y consumo: golosinas, paletas de hielo, botanas, pequeñas artesanías, etcétera.
- 2) Los comerciantes semifijos; este grupo lo conforman individuos que manejan, por lo general, un volumen mayor de mercancías; su carácter semifijo se debe a que instalan los puestos al inicio de la jornada y los desmontan una vez concluida la misma.
- 3) Los comerciantes fijos; a diferencia de los anteriores, trabajan en un puesto que se encuentra fijo en la vía pública. Su giro primordial es el de comida, y prácticamente se les puede ver en cualquier sitio, en especial, en lugares de gran afluencia peatonal, como los paraderos de autobuses o en las inmediaciones de las fábricas u oficinas públicas.

Para Adriane Devars y Víctor Manuel Juárez (1991), el comercio ambulante es una economía dentro de otra economía con sus secuelas de violencia. La invasión no tiene fronteras: los mercaderes se instalan lo mismo en la vía pública, en aceras peatonales, en las entradas de las estaciones del Metro que en las calles aledañas a los grandes centros comerciales o frente a los inmuebles de oficinas públicas. Son cientos de miles en todos el país que optaron por la ganancia inmediata a falta de empleo y, sobre todo, salarios remunerativos. Los hay desde analfabetos vendedores de dulces y chácharas, hasta profesionales y estudiantes que ofrecen aparatos eléctricos, relojes y, en general, artículos de contrabando.

El problema no es privativo de la ciudad de México; se extiende a las principales urbes del país, aun las más pequeñas. Según datos oficiales del Gobierno del Distrito Federal (GDF), en el año 1997, los comerciantes informales en la ciudad de México ascendían

a 98,379 personas; las delegaciones Cuauhtémoc, Gustavo A. Madero, Iztapalapa, Miguel Hidalgo y Venustiano Carranza concentraban 67.3% del total, es decir, 66,169 comerciantes; al dicho porcentaje, tan sólo las delegaciones, Cuauhtémoc y Gustavo A. Madero, contribuían con 57%.<sup>2</sup>

Estas cifras contrastan mucho con las manejadas por el sector privado, que en 1993 manejaba la cifra de 149,981 comerciantes informales.<sup>3</sup> Pero, independientemente del sesgo que puedan tener estas cifras en función de los intereses de cada entidad, lo cierto es que estamos ante un fenómeno de gran magnitud que, año tras año, ha ido comportando un crecimiento notable en la ciudad.

En un estudio realizado en el Centro Histórico de la ciudad de México, en el año de 1997,<sup>4</sup> se encuestó a 200 comerciantes informales. Interesaba descubrir el origen socioeconómico de los mismos y se pudo encontrar lo siguiente:

En lo relativo a su grado de escolaridad: 2.5% era analfabeta; 53% tenía un nivel bajo, es decir, entre la instrucción primaria y secundaria, y 41.5% poseía un nivel alto, entre bachillerato y licenciatura. Este último porcentaje resultó interesante, porque se trataba de individuos que tenían la posibilidad de ingresar al mercado laboral, pero que consideraban más redituable esta actividad.

Por otra parte, 44% de los comerciantes tuvo un empleo asalariado previo a su incursión en la informalidad, mientras que 56% restante ingresó directamente, sin ninguna experiencia laboral. A su vez, el estudio reveló que 25.5% ingresó a la actividad por la falta de empleo; 40% lo hizo por los bajos salarios; 5% porque fue despedido de su anterior trabajo y 29.5% restante, por otros motivos que iban desde seguir la tradición familiar, solventar sus estudios o por el gusto mismo de ser comerciante.

En los dos indicadores referentes a la experiencia laboral, el factor que mayor porcentaje concentró fue el de los bajos salarios; del total de personas que argumentaron ese motivo destaca que 52.5% no tuvieron una experiencia laboral previa. Eso quiere decir que, ante la contracción salarial existente, estas personas vieron como una mejor opción el comercio informal que el trabajo asalariado. Por otro lado, de los que señalaron la falta de empleo, 51 en total, 60.8% son personas que no han trabajado antes; es decir, han ingresado a la actividad por falta de oportunidades en el mercado laboral. En este ambiente,

el comercio informal funge como un receptáculo importante para la fuerza de trabajo desempleada.

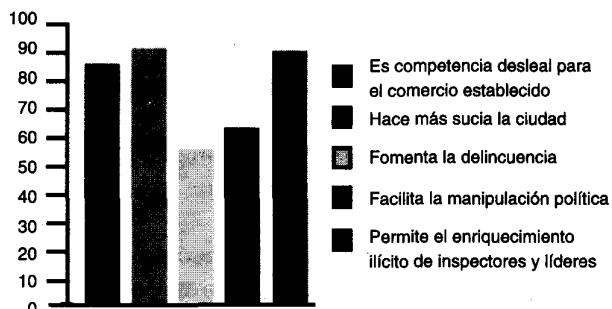
A partir de estos datos se llegó a dos conclusiones básicas: 1) el comercio informal actúa como receptáculo para las personas que no encuentran trabajo o que han sido despedidas, y 2) es un medio económico alternativo al trabajo asalariado. A poco más de siete años de haberse realizado dicho estudio, consideramos que lo afirmado ahí continúa vigente, en tanto que las condiciones que dan pie al crecimiento de este fenómeno urbano no han variado en lo absoluto.

La economía de nuestro país ha venido experimentando una serie de cambios y situaciones críticas, que han tenido por resultado un deterioro muy severo de la calidad de vida; las grandes mayorías de mexicanos han visto sus ingresos, consumo y opciones de empleo severamente reducidos. Como consecuencia, en los últimos años se han presentado sucesos dramáticos que han ido transformando la ciudad en un lugar diferente; los miles de puestos de comercio informal –que venden desde frutas, verduras y alimentos preparados, pasando por zapatos, prendas de vestir y útiles escolares, hasta herramientas, videos, aparatos electrónicos e incluso muebles– han contribuido a la pauperización local al producir un impacto negativo en el valor de los inmuebles y en las actividades económicas de las zonas en que operan.

Existen varias formas de comercio informal: uno que se practica en los cruceros de alta influencia automovilística, otro que tiene lugar en los grandes hacinamientos de puestos en zonas específicas y otros más que se han ido definiendo alrededor de los mercados establecidos, de las terminales del Metro y de los paraderos de autobuses. Las diferencias en esas prácticas indican que existe un proceso de evolución, que se inicia en condiciones precarias y se va transformando en situaciones más estables, de mayores ingresos e, incluso, de mayor complejidad organizacional.

Una encuesta de opinión –realizada por el Centro de Estudios de la Ciudad de México y aplicada a 1 500 personas en las 16 delegaciones del Distrito Federal– ha permitido constatar que existe un juicio negativo en torno del comercio informal, fundamentado en argumentos muy diversos que incluyen la competencia desleal al comercio establecido, el fomento de la delincuencia, la manipulación política de los comerciantes y el enriquecimiento ilícito de los líderes y empleados públicos que los extorsionan (ver figura I).

**FIGURA I**  
Algunas demandas y propuestas para enfrentar el fenómeno del comercio ambulante

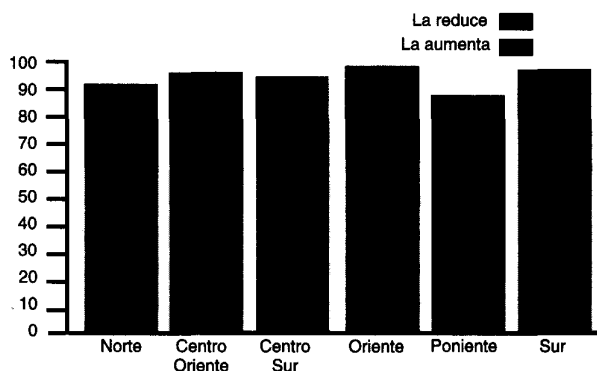


Fuente: Calderón Alzati, Enrique "El comercio informal en la Ciudad de México" <<http://www.memoria.com.mx/112/112mem01.htm>>.

En cuanto a la relación que el comercio ambulante guarda con la delincuencia, las opiniones están divididas: unos piensan que la fomenta; otros, que la reduce porque genera opciones alternas de ocupación. Los puntos de vista difieren, además, de una parte de la ciudad a otra, tal como se observa en la figura II, donde se utiliza la división del Distrito Federal en seis zonas:

1. Zona Norte: Azcapotzalco, Gustavo A. Madero.
2. Zona Centro-Oriente: Cuauhtémoc, Venustiano Carranza, Iztacalco.
3. Zona Centro-Sur: Miguel Hidalgo, Benito Juárez, Coyoacán.
4. Zona Oriente: Iztapalapa.
5. Zona Poniente: Cuajimalpa, Álvaro Obregón, Magdalena Contreras.
6. Zona Sur: Xochimilco, Tláhuac, Tlalpan, Milpa Alta.

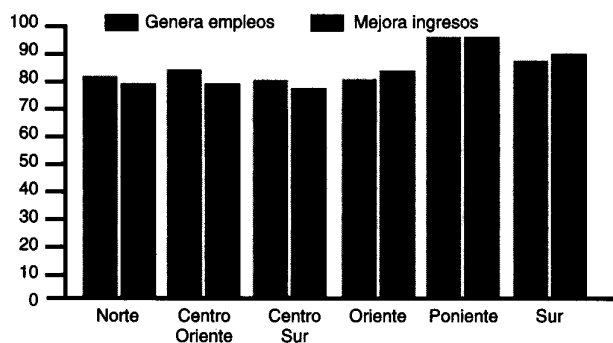
**FIGURA II**  
Percepción de la relación entre ambulanteje y delincuencia



Fuente: Calderón Alzati, Enrique "El comercio informal en la Ciudad de México" <<http://www.memoria.com.mx/112/112mem01.htm>>.

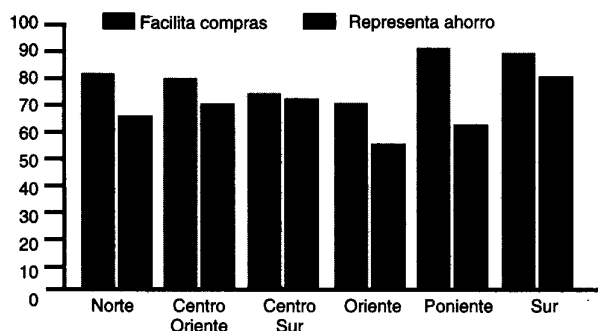
Paralelamente, una parte importante de la sociedad reconoce al comercio ambulante como una respuesta natural y positiva a la crisis económica: porque ha permitido generar empleos (84% de los entrevistados así lo consideran), y porque la gente que trabaja en estas actividades incrementa sus ingresos en forma significativa (así lo piensa 82% de los entrevistados). La apreciación de estos fenómenos varía según las diferentes zonas del Distrito Federal, tal como se observa en la figura III.

**FIGURA III**  
**El comercio ambulante genera empleos e incrementa ingresos**



Sin embargo, además de las simpatías que despierta el comercio ambulante entre los diferentes grupos sociales, existe en la población un pensamiento pragmático: el comercio ambulante es útil porque facilita la compra de productos (según el 80% de los entrevistados), y permite un cierto ahorro en las compras (69%). La experiencia también parece ser distinta para los habitantes de diferentes zonas de la ciudad (ver figura IV).

**FIGURA IV**  
**El comercio ambulante es bueno para la población porque**



Fuente: Calderón Alzati, Enrique "El comercio informal en la Ciudad de México" <<http://www.memoria.com.mx/112/112mem01.htm>>

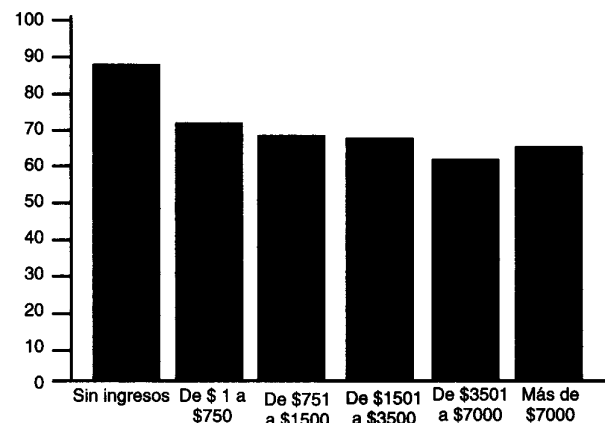
Las figuras III y IV podrían ser indicativas del nivel de dificultad que enfrentaría cualquier iniciativa destinada a eliminar o restringir el comercio informal. Su crecimiento ha sido posible más por la aceptación y conveniencia de la sociedad que compra sus productos, que por la voluntad misma de los vendedores.

Los censos de población indicaban, en 1990, que 62% de la población de asalariados del Distrito Federal ganaba menos de dos salarios mínimos al mes (unos 45.00 pesos diarios en 1997), por lo que una sola comida de 11.00 pesos representaba en 1997 la cuarta parte de sus ingresos diarios.

El comercio ambulante representa hoy un problema de grandes dimensiones que no admite soluciones sencillas ni rápidas, como algunos podrían suponer. Además de constituir el medio directo de sostén económico de al menos medio millón de personas (más de 10% de la población económicamente activa del Distrito Federal), el comercio callejero proporciona una fuente de suministro de productos y servicios para cerca de 3.5 millones de adultos, quienes, además de pensar que los productos son más baratos, en los hechos hacen uso de ellos.

De la información recabada a través de la encuesta, es posible afirmar que un alto porcentaje de la población de todos los grupos y clases sociales, habitualmente recurre al comercio ambulante. Aunque los precios sean más atractivos para quienes menos ingresos tienen, son éstos los mayores críticos de dicho comercio (ver figura V).

**FIGURA V**  
**El comercio ambulante permite comprar productos a menor precio**

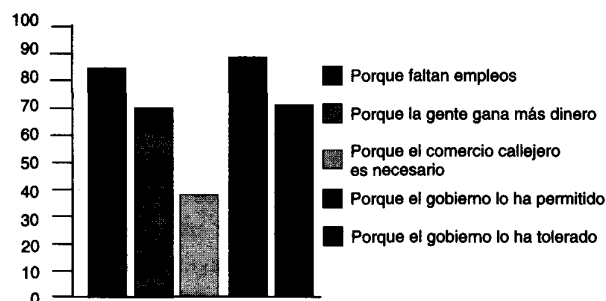


Fuente: Calderón Alzati, Enrique "El comercio informal en la Ciudad de México" <<http://www.memoria.com.mx/112/112mem01.htm>>

¿Cómo se originó el problema?, ¿qué magnitud tiene hoy?, ¿cuánto crecerá en el futuro si no se limita ahora? son preguntas que deben ser respondidas antes de intentar una solución global y duradera.

Aunque la población no tiene una idea clara de cómo y por qué se originó el comercio callejero masivo, un importante porcentaje ubica la responsabilidad directamente en el gobierno (87%), al mismo tiempo que identifica la falta de empleo (86%) y la necesidad de la gente de incrementar sus ingresos (71%) como causas fundamentales del problema. Analicemos qué tanto hay de razón en estas respuestas.

**FIGURA VI**  
**¿Cuáles son las razones por las que existe el comercio ambulante?**



Por otra parte, la condición extralegal del comercio ambulante lo hace una actividad de alto riesgo, razón por la cual se han creado organizaciones de autodefensa. Desafortunadamente, tienden a transformarse en estructuras jerárquicas fácilmente controlables, a través de la cooptación de sus líderes y la utilización de medios violentos, y como tales han constituido un atractivo para el gobierno. Durante los dos últimos decenios fueron ampliamente utilizadas para fines políticos, dadas las grandes reservas de votos que representaban, generándose así mecanismos corporativos capaces de superar a las caducas estructuras del sindicalismo oficial. Por ello, de algún modo tienen razón quienes piensan que el gobierno ha fomentado el desarrollo del comercio informal.

Con base en los estudios mencionados y ante el gran crecimiento de las grandes metrópolis y particularmente de la Ciudad de México, podemos observar que uno de los principales problemas a los que se enfrenta su comunidad es el abasto y la distribución de alimentos y otros productos adecuados a sus necesidades. Existen para ello alternativas como el autoservicio, mercados públicos, tiendas de barrio,

tianguis, comercio informal, entre otras organizaciones encargadas de abastecer la ciudad de innumerables productos.

En un sentido general, al estudiar el mercado también nos enfrentamos con la necesidad de conocer cómo las sociedades forjan y mantienen los vínculos que garantizan su supervivencia material —el problema básico de la economía— ante la escasez de recursos y las diferentes formas de organización social existentes (Parkin, 1993). Richard Lipsey (1974) considera que la sociedad nos presenta un aspecto poco común; un elaborado mecanismo para la sobrevivencia, mecanismo que está destinado a realizar las complicadas tareas de la producción y distribución, necesarias para la continuidad social.

Ahora bien, también es necesario analizar específicamente el fenómeno del mercado mexicano, inmerso hoy día en un proceso de globalización que, a la luz de los estudios realizados por algunos investigadores, no aparece como un simple proceso de homogeneización, sino de reordenamiento de las diferencias y desigualdades, sin suprimirlas. Este reordenamiento ha provocado drásticos cambios en las ciudades, en los mercados, en los vínculos tecnología-cultura y en los desplazamientos de la población.

Las transformaciones ocurridas en algunas megaciudades, entre ellas México, tienen como principales focos generadores procesos intrínsecos que se derivan del desarrollo desigual y de las contradicciones sociales: migraciones masivas, contracción del mercado de trabajo; políticas urbanas, de vivienda y de servicios insuficientes para la expansión poblacional y del espacio urbano, además de conflictos interétnicos, deterioro de la calidad de vida y aumento alarmante de la inseguridad.

Las grandes ciudades del continente, que los gobiernos y los migrantes campesinos imaginaban hasta hace poco como avanzadas de nuestra modernización, son hoy los escenarios caóticos de mercados informales donde multitudes tratan de sobrevivir bajo formas arcaicas de explotación, o en las redes de la solidaridad o de la violencia. Néstor Canclini (1995) sostiene que todo esto debe ser visto como producto de dinámicas internas, y a la vez en relación con las nuevas modalidades de subordinación de las economías periféricas, que surgen con la reestructuración transnacional de los mercados de bienes materiales y comunicacionales.

La crisis sociocultural de la modernidad tiene, además de las alteraciones suscitadas por los medios, otra manifestación elocuente: la inadecuación de las grandes ciudades al ritmo de crecimiento y a las contradicciones económicas de la modernización (Canclini:1993).

## Conclusiones

El crecimiento del comercio informal en la ciudad de México sólo puede entenderse si se tiene en cuenta el proceso de deterioro socioeconómico de la población, que se inició en los años ochenta con la implantación de las políticas de corte neoliberal. Al transcurso de los años, y ante la falta creciente de oportunidades de desarrollo económico dentro del mercado laboral, esta actividad se ha convertido en una alternativa de subsistencia y de ocupación para un importante sector de la sociedad; la realizan hombres y mujeres que pudieron encontrar en la calle su espacio de trabajo y su forma de hacer frente a la crisis.

El comercio informal es sólo un aspecto de un fenómeno mucho más amplio, entendido aquí como economía informal, que engloba todas las actividades productivas, desde la industria hasta los servicios, y reúne un significativo número de trabajadores que trabajan sin ningún tipo de prestación ni garantía laboral. Así, la informalidad es, en muchos sentidos, el contenedor de la inconformidad social ante el cada vez más adverso panorama económico y es, de igual manera, el reducto para quienes las políticas de flexibilización, de libre mercado y de recorte al gasto social, sólo han significado ver deterioradas sus condiciones materiales de vida.

El comercio informal es la alternativa inmediata para aquellas personas que se ven impedidas de acceder al mercado de trabajo, básicamente por su escasa calificación laboral; del mismo modo, es la salida para muchos desempleados y despedidos pero, también, la actividad que proporciona una mejor oportunidad de ingreso económico, ante los bajos salarios que predominan en nuestro país.

El problema del comercio al aire libre no ha de resolverse jamás si no se anulan primero los factores de poder que lo hacen posible: los líderes venales utilizados por organizaciones políticas, los vendedores sujetos a una extorsión ilimitada, los bandos, las

pandillas protectoras, y funcionarios de diversa jerarquía que se benefician de la vía pública y, en general, todos los eslabones de una cadena de beneficiarios, promotores y tutores de un fenómeno que, además de ser expresión de la crisis económica, es muestra de cuántas oportunidades hay para la manipulación y el aprovechamiento.

La ausencia de un marco jurídico que reglamente la actividad –hay notables incongruencias entre la Ley de Hacienda y la Ley Orgánica del DDF, en cuanto que la primera exige el pago por uso de suelo y la segunda prohíbe la concesión del mismo– fomenta el crecimiento explosivo de esta faceta de la economía subterránea.

Hoy, el comercio organizado de la ciudad de México ha declarado la guerra a los vendedores ambulantes, mientras que éstos, divididos por los intereses y las cuotas de poder de sus líderes, se enfrentan, desvalidos, a un programa de reordenación que se ha tratado de implantar por las autoridades del Distrito Federal, que considera la reubicación de los puestos y un nuevo ordenamiento jurídico.

El comercio informal afecta al comercio establecido y a la sociedad en general, ya que tan sólo en el Distrito Federal se dejan de captar miles de millones de pesos anuales por concepto de impuestos.

Es importante entender que el ambulante o comercio informal, al no estar tipificado en ninguno de los ordenamientos del gobierno ni dimensionado como problema económico o como un fenómeno social, se genera por la falta de oportunidades de empleo, por el deterioro de la calidad de vida y por una, cada vez mayor, cantidad de desplazados.

Uno de los intentos que el gobierno ha estado realizando, en aras de resolver la problemática del comercio ambulante, es la construcción de plazas de mercado: amplios espacios cubiertos con bóvedas de concreto, que permitan grandes entradas de luz, o con estructuras de acero que den paso a la luz cenital y ventilación superior; espacios donde se organicen puestos servidos por amplios corredores y existan áreas de servicios, tales como administración, zonas de descarga, restaurantes populares, baños, guarderías, etcétera.

El problema del comercio ambulante podría arreglarse también mediante la participación de los grupos interesados, que tengan una firme decisión política, un sentido de equilibrio y que no actúen con agresividad contra la gente que tiene necesidad de

vivir, pues lo que no va a desaparecer por decreto son los problemas sociales y la pobreza; hay que ver las cosas con sensibilidad.

La problemática del comercio informal podría ser superada al tiempo que las autoridades capitalinas y la Asamblea de Representantes del Distrito Federal se dieran a la tarea de crear un marco jurídico que normalizara esta, sin duda redituable, actividad. Al no contarse con un reglamento acorde con la circunstancia, actualizado, que otorgue a los vendedores callejeros obligaciones y derechos, éstos hoy no pagan impuestos ni derecho de suelo, pero son extorsionados por empleados públicos corruptos y pseudolíderes políticos.

La aplicación de medidas drásticas de control, reducción o reubicación del comercio callejero, que no ofrezcan soluciones prácticas y atractivas, como contraparte a los vendedores y compradores, se enfrentará con el disgusto de la población, y es difícil prever el tipo de respuestas populares que pueda haber.

Finalmente, para muchos trabajadores, el comercio informal ha representado una alternativa para incrementar sus ingresos, y una opción más práctica que defender sus derechos por los medios tradicionales de la huelga, ante la caída real de su capacidad de compra y de sus prestaciones.

## Notas

---

- <sup>1</sup> "Comercio ambulante: manzanas de la discordia", en revista *Expansión*, diciembre 6, 1995, México (pp. 132-139).
- <sup>2</sup> Subsecretaría de Trabajo y Previsión Social del GDF, Programa de Reordenamiento del Comercio en Vía Pública.
- <sup>3</sup> Economía Metropolitana, "El comercio en la vía pública del Centro Histórico" (p. 21).

- <sup>4</sup> Pérez Ruiz, Abel (1997), tesis: "El comercio informal: una respuesta ante la crisis", México.

## Fuentes bibliográficas

---

- Cortés, Fernando, et. al. (1990), *Crisis y reproducción social. Los comerciantes del sector informal*, México, Porrúa.
- García Canclini, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalvo.
- Lipsey, Richard, G. (1974), *Introducción a la economía positiva*, España, Vicens-vives.
- Parkin, Michael (1993), *Microeconomía, USA*, Addison-Wesley, Iberoamericana.
- Pomar Jiménez, Julio (1996), *Los pochtecas*, México, Edamex (pp. 20-23).
- Roubaud, Francois (1995), *La economía informal en México*, México, Fondo de Cultura Económica.

## Fuentes periódicas

---

- Devars Adriane y Juárez, Víctor Manuel (1991), "Comercio ambulante: poder y corrupción", en revista *Época*, septiembre 23, núm. 29, México.
- García Canclini, Néstor (1993), "Introducción: antropología y estudios culturales", en revista *Alteridades*, año 3, núm. 5, México.

## Otras fuentes

---

- Economía Metropolitana (Revista de la CANACO), *El comercio en la vía pública del Centro Histórico*, México, D.F., abril 1993, núm. 2, vol. 1.
- El Economista (2004-02-27), *Altas pérdidas en el DF por comercio informal*.  
<http://www.memoria.com.mx/112/112mem01.htm>  
<http://www.uom.edu.mx/trabajadores/29abel.htm>  
<http://www.impuestum.com/noticias/2590.html>